LOS VESTIDOS DE UNA DAMA

A Guillermo Niño de Guzmán.

Elena entró al edificio, hizo una pregunta al portero y se desabrochó el abrigo lentamente. Una fragancia calurosa la recibió dentro del hall. Mientras el portero le contestaba, miró hacia atrás. Algunas figuras vagaban rápidamente por una calle gris. Después de dar las gracias, Elena caminó por un corredor, abrió una puerta y se encontró con una galería de ventanales y escritorios. Siguió avanzando hasta que llegó a la oficina que le acababan de señalar. Una mujer algo mayor, de anteojos, levantó la vista. Elena empezo a quitarse los guantes.

—¿El señor Ortiz? —dijo Elena.

—Sí. Espere un momento —contestó la mujer—. ¿De parte de quién?

—El no me conoce —respondió Elena—. Me envía el doctor Costa.

—¿El doctor Costa? —dijo la mujer.

—Sí —contestó Elena—. Ya sabe de quién se trata.

La mujer se levantó, y desapareció tras una puerta de cristales opacos. Elena esperó de pie. Tenía la cartera y unos guantes en la mano. Los tacos se suavizaban contra una alfombra naranja que parecía hacer juego con su cartera. Había una elegancia fría y agresiva, a lo largo de su cuerpo.

—Puede pasar —dijo la mujer.

Elena entró a la oficina y se sentó frente a un hombre de pelo abundante y canoso. Una corbata delgada y roja le cruza-

ba la camisa. En ese momento, la miraba reclinado hacia atrás. Elena sintió un temblor que disimuló perfectamente.

—Dígame, ¿qué se le ofrece? —dijo el hombre.

—Venía a verlo de parte del señor Costa —sugirió Elena.

—¿Ah, sí? —los ojillos del hombre se burlaron—. ¿Y por qué?

Elena permaneció en silencio el tiempo necesario. Su cabeza asimilaba a la perfección las miradas de Ortiz.

—Por esto —dijo Elena.

En ese instante se puso de pie, se desajustó la correa y con la mayor suavidad su traje marrón se deslizó por su cuerpo y se convirtió en un pequeño montón sobre la alfombra. El hombre no se inmutó. El cuerpo desnudo se levantaba erecto, como una escultura tensa.

Después de algunos segundos, Elena se agachó y se calzó el traje sobre los hombros. Luego movió las manos y volvió a ajustarse el cinturón. Al sentarse, se acomodó dulcemente sobre el cojín de la silla. El hombre la miraba sin mostrar nada.

—¿Quién la manda? —dijo.

—Ya se lo dije. El doctor Costa —contestó Elena lentamente—. Pensó que tal vez usted podría darme algún trabajo, y yo pensé que tal vez su consejo era bueno.

El rostro del hombre se movió ligeramente. Algo había empezado a suavizarse.

—Y dígame, señorita...

—Elena.

—Sí. Dígame, señorita Elena, ¿está realmente dispuesta a trabajar?

—Lo estoy —contestó.

—¿Y qué es lo que podría hacer en la empresa? —sonrió el hombre.

—Estoy dispuesta a hacer de todo —respondió.

—Yo soy un productor de televisión —dijo el hombre—. ¿Se da usted cuenta que no es la primera mujer que viene pensando que le voy a dar un trabajo?

—Lo sé. Buenos días —dijo ella.

—Espere —contestó él.

El hombre sacó una libreta. Elena se había parado. En el silencio de ese instante, se oyó el zumbido de una mosca.

El hombre esgrimió un lapicero y apenas la miró.

—¿Qué hace esta noche, a las nueve? —dijo.

—Nada.

—Encuéntreme en el "Henry's" —añadió, guardando la libreta.

Elena salió de la oficina, dejó su tarjeta con la secretaria y llegó rápidamente hasta la puerta de la calle. Allí, en una esquina, esperó más de lo que tenía previsto. Por fin un carro se detuvo.

Esa noche ella entró a la ducha, en un cuarto lleno de vapor, y se enjabonó el cuerpo. El chorro caliente caía sobre su pecho y sobre sus piernas y sobre sus ojos cerrados. Mientras se secaba, se vio en el espejo nebuloso. Cuando su rostro apareció con claridad, se abrochó una blusa celeste. La frente abultada, las mejillas anchas y los ojos grandes y marrones le parecían el rostro de una extraña. Sólo recordaba sus pelos negros y cortos, que ahora parecían jirones de lluvia luminosa. Con movimientos rápidos, las medias oscuras se ciñeron a sus piernas y encima, se colocó una falda blanca, con chaleco y unos zapatos azules de aguja. Luego se cubrió con un abrigo de piel de vicuña y se dibujó con precisión los ojos y los labios. Era toda una señorita ahora. Después de abrirse un poco el escote y echarse algo de ese perfume, podría salir.

Unas semanas antes, sin embargo, Elena era una joven que se vestía sobriamente, cumplía con eficiencia en su trabajo, y representaba más edad de la que tenía. Llevaba una vida de familia con su padre, y lo acompañaba las pocas veces que él salía. Para su padre, era una hija perfecta.

Cuando Elena llegó, Ortiz aún no estaba. Ella avanzó hasta una mesa y se sentó. Sus labios se aligeraron para morder un cigarrillo. A los pocos minutos, lo vio. Afeitado, con un terno, con una sonrisa cariñosa.

—Hola —lo saludó.
—Hola —dijo Ortiz—. ¿Has tomado algo?
—No —dijo ella.
—Entonces vamos —le ordenó.

Una noche, algunas semanas antes, Elena había subido las escaleras hasta el segundo piso de su casa y había abierto el cuarto de su padre.

—He encontrado esto —le dijo, extendiéndole un sobre.

—¿Qué es?

Elena lo miró. Su padre estaba en pijama y leía junto a la lámpara. Lo vio sacarse los anteojos. De pronto pareció mucho más viejo; su cabeza casi calva era la de un desconocido.

—Es una carta —dijo ella—. Está dirigida a mi mamá.

Su padre pareció sorprenderse.

Elena se la dejó cerca. En ella un hombre llamado Pablo Ortiz le decía a su madre que podía enviarle algo de dinero todos los meses y le hablaba con alegría de las cosas sexuales que habían hecho juntos. La letra era difícil de seguir, pero Elena supo que su padre la había reconocido.

—¿Dónde la encontraste? —le dijo.

—En un libro de versos, en uno de los estantes —contestó ella—. Debe haber estado allí muchos años.

Su padre bajó la cabeza y Elena sintió unos enormes deseos de acercarse a él pero no lo hizo. De pronto se dio cuenta que estaba otra vez en las escaleras y que se dirigía hacia la puerta de la calle. Por un instante temió ceder a la voz llamándola de atrás, pero no fue así. Al cerrar la puerta, la noche llegó con un aire frío.

Caminó hacia la Panamericana, pero en el camino torció y siguió por unas calles estrechas. Después de un rato, se sentó sobre el muro de una de las casas, y se dio cuenta que estaba terriblemente cansada; una nube de imágenes avanzaba por su cabeza. Primero vio a su madre abrazando a un extraño, luego vio que ese extraño la desnudaba, luego que hacían las cosas más

obscenas. Empezó a caminar y llegó a uno de los parques de su infancia, iluminado por unos postes helados. La llovizna le había humedecido el traje y la cara. Una piedra le palpitaba en la garganta. Elena puso las rodillas sobre la tierra, la tocó con las manos y luego volvió a la casa. En su dormitorio las mismas imágenes volvieron a su cabeza. De pronto se dio cuenta que estaba caminando por su cuarto, tratando de librarse de ellas.

Al día siguiente, bajó las escaleras rápidamente. Cuando su padre se levantó para recibirla, vio en su cara los estragos del desvelo.

—Dime la verdad —murmuró ella.

Su padre se sentó. Tenía una bata a rayas verticales. Algunas arrugas vertiginosas lo cruzaban. Su voz sonaba grave pero firme, y había algo de súplica en ella.

—Cuando conocí a tu madre, los dos trabajamos para Ortiz —dijo—. Ella era una secretaria; yo escribía algunos guiones. Ella era una mujer muy alegre, y amiga de todos. Yo me sentí muy cerca de ella, me gustaba hablarle, pero después me enteré de un rumor. La gente decía que era la mujer del jefe, que Ortiz la invitaba a salir y pasaban tiempo juntos. En esa época Ortiz recién empezaba pero sus programas en la televisión ya tenían buena acogida. Era un hombre joven, trabajador, y estaba haciendo dinero. Además era atractivo.

—¿Y entonces? —dijo Elena, sin inmutarse.

—No era raro que una chica joven e inexperta como ella, cayera en sus manos —siguió diciendo—. Yo lo sabía, y sabía que Ortiz nunca iba a llegar a nada serio con ella, pero no se lo dije. Me limité a ser su amigo, y nada más. Y así seguí hasta que Ana se dio cuenta, hasta que supo lo que ese hombre estaba haciendo, pero no fue fácil.

—¿Por qué? —dijo Elena.

—Porque él tuvo que abandonarla para que ella se diera cuenta.

—¿La engañó? —dijo Elena.

—La verdad —dijo su padre— es que él la dejó porque ella quedó embarazada.

Elena se puso de pie. El frío se le metía por los pies.

—¿Y qué pasó con el niño? —murmuró.

—Murió al nacer —dijo—, y quizá para ella fue un alivio. Era el hijo de él, después de todo.

Elena se levantó a caminar. Había algo de generoso en la manera con la que acababa de confesarle la verdad.

—¿Así que fue entonces cuando tú la ayudaste? —preguntó.

—Fue entonces cuando le di todo el amor que un hombre puede dar —contestó su padre.

—¿Y después?

La voz se hizo aún más suave.

—Cuando tú naciste los dos estábamos muy contentos —dijo—. Vivíamos pobremente, pero tranquilos. Tu madre había dejado el trabajo en la productora, por supuesto. Creo que Ortiz siempre la había querido y si no se casó con ella, fue porque ya estaba casado, y no quería provocar un escándalo. Pero hubo un momento en que quiso volver a verla, y le escribió esa carta que tú encontraste. Yo seguí trabajando con él. Todos los días, en la empresa, cuando él me veía, yo sabía en qué estaba pensando, y sabía también que no podía decirme nada. No sé si alguna vez tu madre se olvidó de todo ese asunto con Ortiz. Después yo dejé de trabajar con él, y entré al Banco. Pero ella siempre recordó la historia. En fin, tal vez algo de esa tristeza, fue lo que acabó con ella.

—¿Tú crees? ¿Lo crees de verdad? —dijo.

—No sé, hija, de veras no lo sé, pero no es hora de especular sobre lo que pasó, sino de seguir adelante.

—¿Por qué nunca me lo contaron? —preguntó Elena.

—Pensamos en decírtelo —volvió a empezar el hombre—, sobre todo cuando tu madre aún vivía, pero no lo hicimos. Después, cuando ella murió, supongo que me he sentido muy débil o muy solo para hacerlo.

—Ya entiendo —murmuró ella.

—Elena.

—Sí.

—Tu madre fue una gran mujer. Siempre la recordaré así.

—Yo también —dijo ella.

Elena puso un pantorrilla y un zapato afilado sobre la alfombra del automóvil. Su falda se levantó ligeramente sobre una de sus rodillas y la carne velada por las medias oscuras apareció. A su lado, Ortiz había extendido un brazo sobre el timón. El motor sonó y las luces de la noche empezaron a vagar por el parabrisas.

—¿No quieres saber a dónde vamos? —dijo él, después de un rato.

—No es necesario. Dejaré que me sorprenda —le sonrió ella.

Avanzaban lentamente y llegaron a la autopista. Por fin, entraron a una pista estrecha, junto a un grifo. La pista dejó un camino de tierra, entre los troncos de unos árboles. En la consola, frente a ella, una multitud de luces verdes exhibían el lujo de la vida a la que ese hombre podía llevarla. De pronto sintió una especie de viento sobre el pecho y se sumergió en el abrigo de piel. El carro había bajado la velocidad. Estaban entrando a un parque, junto a la fachada de una casa de dos pisos.

El hombre caminó delante y la abrió. Elena lo seguía y cuando la luz se prendió había unas escaleras de barras transparentes, un patio de placas de metal azulado, plantas colgantes de un techo de madera, y el rectángulo gigantesco y luminoso de una piscina. En ese instante, volteó hacia él. Acababa de cerrar la puerta y tenía una llave, saltándole en las manos.

—¿Te gusta? —dijo Ortiz.

Elena caminó hasta el bar y se acomodó en uno de los bancos.

—¿Hace tiempo que vives aquí? —le preguntó.

El hombre se acercó.

—No vivo aquí. Vivo en Lima, cerca de la oficina. Sólo

vengo aquí a veces. De joven siempre quise tener una casa como ésta. ¿Tomas algo?

—Sí.

El hombre la miró.

—¿Qué tomas?

—¿Por qué no decides tú y me das una sorpresa? —le sonrió Elena.

—Muy bien —aceptó—. Voy a preparar algo especial.

Mientras él mezclaba el contenido de algunas botellas, Elena volteó para mirar otra vez a su alrededor .

—Toma —dijo él de pronto, alcanzándole un vaso de cristal frío.

La voz era firme, algo ronca y tenía como una monotonía de crueldad. Elena vio los hielos jugando en el líquido plateado, con olor a limón, debajo de ella. Al probarlo, sintió un sabor a fruta y a licor agrio que la traspasaba.

—¿Te gusta? —dijo él.

—Sí —contestó ella—. Sí me gusta. Dime, ¿qué le has contado a tu mujer?

—Nada —dijo él—. Ella no estaba en casa cuando regresé.

—¿Y qué vas a decirle mañana?

—Nada tampoco.

—¿Por qué?

—Porque tampoco va a estar allí, seguramente.

—¿Se fue de viaje?

—No. Está en Lima. Sólo que sale de compras y no me hace preguntas.

—Me alegro... Por ti —contestó Elena.

Dejó el vaso sobre la barra y se acercó a la piscina. Su cuerpo bien formado y derecho se reflejaba en la superficie. Dio dos o tres pasos por el borde. Sus tacos sonaron suavemente. Cuando volteó a mirar a Ortiz, seguía sentado en uno de los bancos y parecía observarla.

—Ven —se acercó él—. Te voy a enseñar el resto de la casa.

Elena dejó que la condujera a los salones de arriba. Un cuarto aterciopelado, con olor a limpio, donde había una enorme pantalla de televisión, unos baños gigantescos de tinas circu-

lares y losetas moradas en forma de rombos, y un dormitorio con una cama de pieles blancas y paredes de madera rústica. Mientras caminaba no hizo ningún gesto de sorpresa.

Atravesó el dormitorio y se sentó en la cama. Al hacerlo, sintió una mezcla de blandura y firmeza. La alfombra del piso tenía flecos de lana blanca y gruesa. Cuando vio que Ortiz se había parado junto a ella se dio cuenta por primera vez que no era un hombre joven. Las bolsas debajo de sus ojos eran más grandes de lo que parecían, algunas arrugas habían empezado en los bordes de la boca y tenía blanduras de sobrepeso a lo largo del cuerpo. Había algo firme y vivo en su mirada, sin embargo, que en ese momento la sorprendió. Elena levantó las rodillas sobre la cama y dejó que él se agachara para besarla. Sus labios estaban secos y apenas se abrieron. Elena cerró los ojos pero no disminuyó la atención. Cuando se alejó, él parecía a punto de decirle algo. Elena lo siguió con la cabeza levantada y una expresión de dulzura distante. Midió el tiempo que el hombre demoró para besarla otra vez. Esta vez su boca se había humedecido.

—Hace un poco de frío —dijo Elena, sonriendo.

—¿Frío? —contestó Ortiz.

—Sí —dijo ella—. Hace un poco de frío aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Ha sido muy interesante venir, ver esto. Es como un palacio. Debe ser como dice usted, algo en lo cual uno sueña. Pero ahora quisiera que me lleve de regreso, a mi casa.

Cuando ella lo vio acercarse, esta vez con más convicción, sintió una especie de felicidad. Los brazos del hombre habían perdido de pronto toda su gracia. Casi inmediatamente se alejó. El rostro del hombre la miraba. Elena pensó que estaba a punto de enfurecerse, pero que iba a tratar de no mostrarlo. Una de sus manos empezó a desabotonarla y ella se la cogió con firmeza y la hizo a un lado.

—Perdón, pero no me acuesto con un hombre así nomás —dijo en voz baja.

Se dio cuenta que había sonreído levemente mientras hablaba.

—Entonces vamos —respondió él.

Un poco después, Elena lo vio detenerse. Estaban en la carretera. Junto a ellos, se escuchaba el vago ruido de carros pasando.

—Bájate —le ordenó él.

Elena no lo miró.

—No esperaba esto. Me habían dicho que era usted un caballero —dijo.

—Cállate —susurró el hombre.

—Si usted lo dice...

Dijo estas últimas palabras mientras se iba bajando.

El carro arrancó y de pronto no hubo más que un silencio de campos abandonados. Luego un ruido de grillos raspó la superficie de la yerba. Más allá se veían algunas piedras y montículos de basura. El viento cayó sobre su cara, le levantó los pelos hacia atrás y movió su falda. A lo lejos venían dos luces grandes. Quizá eran las de un ómnibus a Lima.

La mañana siguiente, Elena durmió hasta tarde. El teléfono junto a su cama la despertó.

—Aló —dijo una voz de hombre.

—¿Quién es? —dijo ella.

—Te habla tu papá.

—Ah, hola.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que estaba dormida.

—¿Te acostaste muy tarde?

—Estuve con unas amigas; fuimos a Chosica. El carro se malogró cuando regresábamos pero felizmente encontramos un ómnibus.

—¿Qué vas a hacer más tarde? —dijo él.

—No sé. Algunas compras. ¿Por qué?

—¿Vienes a comer? —preguntó.

—Muy bien. Allí te veo.

—¿A las ocho entonces?

Después de colgar, se incorporó en la cama. Las piernas le

seguían doliendo, no por el tiempo que había pasado dentro del ómnibus, sino por lo que había tenido que caminar después. Miró el reloj y se levantó. Desde que se había ido a vivir sola, unas semanas antes, su padre la había llamado todas las mañanas para invitarla a comer. La noche anterior ella no había podido ir; esta noche tendría que hacerlo.

De pronto el teléfono volvió a sonar.

—Aló —dijo otra vez su padre.

—¿Qué?

—Te acaban de llamar. Era la secretaria del señor Costa. De repente te cae un trabajo.

—¿Les dijiste que llamaran aquí? —se alegró Elena.

—No, porque no sé si...

—Bueno, entonces dame el teléfono.

Elena apuntó, se despidió de su padre y dejó el fono para levantarlo otra vez. Una voz de mujer respondió.

—Habla Elena Santos —dijo.

—Ah, sí, señorita...

—Dígale a su jefe que me llame —la interrumpió Elena.

Hubo un silencio al otro lado.

—Muy bien ¿Cuál es el teléfono? —dijo la secretaria.

Elena recitó los números y colgó rápidamente. Encendió un cigarrillo. Luego entró al baño, se quitó el pijama y después de sentir el agua con la mano, entró a la ducha. El chorro caía sobre sus piernas, relajándolas. Mientras se secaba el teléfono empezó a sonar. Abrió el ropero y encontró un traje amarillo y verde. Luego se puso un collar de piedras y unos zapatos de taco corto. El teléfono aún sonaba muy cerca. Elena abrió la puerta, revisó su cartera y luego la cerró con cuidado. El último ruido sonó a lo lejos, detrás de la madera.

Cuando regresó con una bolsa de frutas y verduras, encontró una nota debajo de la puerta. Era obvio que Ortiz trabajaba rápido. Elena lo imaginó pidiendo a su secretaria buscar la dirección del teléfono que le había dado. La tarjeta era muy

breve y sólo le informaba que volvería más tarde. Había una frase de disculpas al comienzo.

Elena dejó la bolsa en la cocina y guardó las cosas en la refrigeradora. Luego se quitó los zapatos y se sentó a leer con la música de la radio. Aún faltaban dos o tres horas antes de pensar en ir donde su padre.

Un poco después sonó el timbrazo y al abrir la puerta, era él. Debía tener un cuidado especial. Lo dejó entrar. Lo miró como de lejos. Esperó a que hablara.

—Quería verte —dijo él, simplemente.

—Muy bien. Dime.

—Te propongo salir a comer, a un sitio tranquilo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque mi padre me ha invitado a comer esta noche.

El hombre la miró.

—Entonces paso por ti más tarde, para tomar una copa o algo —dijo por fin.

Por cautela, pero también por desconcierto, ella no le contestó. Pensó que había algo nuevo en su voz, un tono de pregunta o de propuesta y no de orden. Se veía muy atractivo, de pie cerca de la puerta, mirándola con esos ojos grandes en su cabeza redonda y fuerte, poblada por esa esponja de pelo blanco que se nivelaba en los costados. Elena se paró y caminó hasta la ventana.

—¿Qué dices? —insistió él.

—Está bien —contestó.

De pronto sintió que el hombre cerraba la puerta.

"Un día me asocié con uno de mis jefes, un hombre que me había llevado a trabajar a su Banco y lo convencí de una cosa. Le dije que si él me daba diez mil dólares, que en esa época era mucha plata, yo iba a hacerlo millonario. ¿Y en qué vas a invertirlos?, me preguntó. Confíe en mí, le contesté. Y aunque te parezca mentira, el hombre abrió su cajón, escribió un cheque y me lo entregó. Ahora vete y no regreses hasta haberme hecho ri-

co, me dijo".

"Supongo que lo hiciste", se burló ella.

Ortiz había llegado como a las diez y parecía especialmente vestido para la ocasión. Llevaba un saco azul, una camisa blanca de cuello grande y un rostro afeitado y reluciente que parecía haber eliminado todas las huellas de la vejez. Durante el camino, no le habló mucho, pero cuando lo hizo, parecía que le estuviera confesando recuerdos muy importantes. Le habló de sus comienzos en el negocio y de sus años de pobreza, le dijo que su familia había llegado a Lima con dos mil soles y que al comienzo vivían en Lince, hacinados en dos dormitorios, uno de los cuales servía también como comedor y cocina. Elena seguía la conversación con tino y pronto comprendió que él no buscaba despertar su lástima ni su admiración sino tan sólo un interés afectuoso. Mientras tomaba un gin and tonic en el bar del Bolívar, él le siguió hablando.

"Yo quería una cosa. No sólo quería pagarle a él sino quería ganar mucho dinero por una sola razón. Quería ser la persona de la televisión en el Perú. Quería que cuando alguien pensara en la televisión, dijeran mi nombre inmediatamente. ¿Y sabes por qué? Porque sólo así me siento bien, haciendo algo, y empujando a los demás a que lo hagan, y ganándole a los que quieren hacer lo mismo que yo".

"O sea que el señor Ortiz está hecho para ser un hombre de empresa", dijo Elena, después de una pausa. "Debes haber ganado ya mucho dinero. ¿Para qué seguir? ¿Por qué no descansas?"

La voz de ella era como un murmullo. Sus labios se mojaron con el gin. El sonreía con una cara de niño.

—No es el dinero —dijo.

—¿Ah, no? —contestó Elena.

—No, no es el dinero. Soy yo. ¿Me entiendes? Yo —dijo él

—Sí. Te entiendo —contestó Elena, en voz baja.

La luz parecía haber disminuido. El salón estaba vacío. Un hombre gordo y calvo, de piel muy blanca, dormía en una de las sillas y un mozo trataba de despertarlo.

"Es curioso realmente", dijo ella.

"¿Qué?"

"Anoche me juré a mí misma no volverte a ver y ahora nos estamos casi amaneciendo".

"Tengo que pedirte perdón", dijo él, "por lo de anoche".

Elena acercó una de sus manos al muslo de Ortiz y lo recorrió de arriba a abajo, una sola vez. Sintió miedo y pensó que no era realmente ella quien estaba allí. Miraba su propia mano, como una garra lujosa, un guante de uñas largas, blanco y rosado. Los dedos eran finos y encorvados. Una sortija de brillantes sobresalía como parte de ella. Se estaba moviendo velozmente, pero al llegar a la rodilla vio que la mano de Ortiz la detenía y la hacía a un costado.

"No es tan fácil", dijo.

Elena levantó la cabeza. Unos segundos después, cuando Ortiz se acercó y empezó a besarla, surgió en ella una tensión de felicidad que se redobló durante el rato que subieron juntos, hasta ese cuarto de paredes celestes. Ambos se sentaron en la cama y mientras él la desvestía, Elena volvió a recorrer el cuarto, como si el hombre no tuviera ninguna importancia. De pronto sintió que una mano se aferraba a su cara y la obligaba a mirarlo, y que otra mano se estrellaba contra su mejilla hasta hacerle saltar las lágrimas. Sin quitarle la vista de encima, el hombre terminó de desvestirla y Elena se animó a colgarse de sus hombros mientras él la seguía besando. "Por fin", pensó Elena un rato después, cuando lo sintió dentro de ella.

—¿Cuántos años me dijiste que tenías? —dijo Elena esa madrugada.

Ambos estaban sentados en el carro, frente a su casa.

—Cincuenta y seis —contestó él—. ¿Por qué?

—Por nada.

Se acercó a besarlo y luego abrió la puerta. Las primeras luces de la mañana iluminaban un viejo árbol. Una neblina de lluvia empezó a mojarla.

—Te invito a comer esta noche —le dijo él.

—De acuerdo. Te espero —dijo Elena, y cerró la puerta.

Cuando se echó en su cama, supo de inmediato que no podría dormir.

Un mes antes, al saber la verdad, había empezado a esperar este momento, el momento en el cual ya podía saborear al ser que había arrastrado la desgracia hasta el centro de su familia. Se había acostumbrado a vivir venerando el recuerdo de su madre, imaginándose su cara elegante y dulce, y escuchando su voz dándole consejos. Algunos álbumes de fotos la habían ayudado a hacer este recorrido por la memoria de su madre sin amargura, tan sólo con un respeto profundo y una tranquilidad de paz maravillosa. Había ido a visitar su tumba muchas veces y su padre y ella habían dejado flores blancas antes de detenerse a rezar sobre ella. La recordaba como una mujer disciplinada y severa pero con gestos de cariño que moderaban siempre sus reprimendas. Era de una personalidad más fuerte que la de su padre y había escalado posiciones administrando una tienda de telas. Tenía la cara redonda, el pelo negro y los ojos grandes. Aunque no era de muchas palabras, Elena siempre había pensado que su madre le estaba diciendo lo necesario. Era firme sin ser injusta y era cariñosa sin abrumarla con su afecto. Antes y sobre todo después de su muerte, Elena había querido ser como ella.

Por eso, se había comprado trajes largos, de un solo color y se había dejado el pelo corto. Ahorraba parte de su sueldo, nunca hacía gastos superfluos y siempre era muy cumplida en el trabajo. En la oficina era amistosa con todas pero había escogido a sus amigas. Salía por las noches, aunque poco; la invitaban a bailar, iba al cine o a alguna peña, pero no le gustaba amanecerse. Tenía algún sentido del humor, pero aunque celebraba las bromas de los demás, era incapaz de promoverlas. Cuando le proponían ir de viaje, siempre ponía su necesidad de ahorrar como una excusa, y esto era lo que impacientaba a sus amigas. Elena lo sabía pero quería que las cosas siguieran como estaban, porque pensaba que tal vez su madre hubiera sido así, de haber

llevado la vida que ella llevaba. Pero ahora era como si su madre se hubiera esfumado, como si nunca hubiera existido. Nadie le había enseñado el valor de la rectitud, el trabajo y la moderación, pues su madre se había entregado a los brazos de un hombre casado, y él la había ensuciado, se había limpiado en ella.

Elena caminó por el cuarto y se miró en el espejo. Una joven de veinticinco años, con un traje gris hasta más abajo de las rodillas y unos zapatos negros y chatos. Lentamente se quitó el traje y al dejarlo caer, tuvo una sensación de alivio, como si se hubiera visto por primera vez. Las medias, la faja y el sostén salieron rápidamente. Después de un rato, se sacó unos ganchos y el pelo revoloteó sobre sus hombros. Empezó a pensar en Ortiz con una intensidad que se parecía al odio. Pero, en ese momento, Ortiz sólo era una sombra que había traído la vergüenza sobre ella. Tenía que buscar el cuerpo que encarnaba esa sombra, tenía que ver el rostro de la maldad y de la vulgaridad, y tal vez para eso tenía que hacerse un poco como él. Fue por eso que unos días más tarde dejó la casa de su padre y con sus ahorros, alquiló un departamento en Jesús María. "No por ella sino por mí, tengo que hacerlo por mí", dijo la primera noche, en la soledad de su nueva casa. La mañana siguiente fue a comprar una caja de vestidos nuevos.

Una extraña y tranquila alegría la animaba. La primera noche fue al bar de un hotel cercano. Lo había escogido porque por fuera parecía limpio y más o menos elegante. Esa noche esperó en la barra más de una hora. Un hombre de una mesa cercana la miraba pero no parecía querer acercarse. Después de un rato, Elena venció todos sus reparos, dio media vuelta y le sonrió. Luego no tuvo más que dejar que él se aproximara mientras ella sorbía de su vaso. Era un individuo casi calvo, de piel muy blanca y un poco fanfarrón. Mientras lo oía hablar, Elena pensó que era tan bueno como cualquier otro para lo que ella quería.

El segundo hombre se acercó dos noches después, en ese mismo bar. Esta vez era un extranjero, un danés que había vivido en Alemania. Su madre era española, le explicó. Era delgado, de ojos achinados y voz muy baja y melodiosa.

El tercero se acercó una tarde que ella llegó muy tempra-

no, mientras esperaba con las piernas cruzadas que el mozo le sirviera. Era un tipo joven, había venido desde Piura para hacer algunos negocios. Tenía algo de lastimado e inseguro que a Elena le dio nuevas fuerzas. Durante dos semanas, lo vio con frecuencia, y fue durante este tiempo cuando más aprendió.

Dos días antes de buscar a Ortiz, Elena fue conducida a uno de los cuartos por dos italianos robustos que la desnudaron rápidamente y doblándola sobre la cama, la penetraron por delante y por atrás, una y otra vez, gruñendo interminablemente. Empapada por el sudor de los dos hombres, Elena sintió que iba a caer desfallecida. Cuando un poco después, se encontró semidesnuda y como atontada en el corredor, se abrochó el vestido lentamente, se arregló el pelo y se fue del hotel para no volver.

Al día siguiente hizo algunas averiguaciones, dejó su teléfono en la oficina de su socio, el señor Costa, y fue a buscar a Ortiz.

Esa noche, él llegó en un auto distinto, un Renault violeta que por dentro estaba forrado en pieles negras y blancas. Parecía aun más animado y por primera vez se dio cuenta que en su conversación había algo que empezaba a rendirse. "Hay un sitio, una playa por el norte, a la que te voy a llevar", le dijo, en una mesa del "Sibaris". "Es un sitio enorme, con una arena casi blanca y un mar frío y muy azul, que no cambia de color todo el año. Yo pasé mucho tiempo allí, cuando era chico".

"¿De dónde eres?", preguntó ella.

"De un pueblo, no lejos de Chiclayo. Mis padres eran de allí. Y cada vez que podíamos, nos íbamos a pasar unos días a esa playa".

Elena lo escuchaba y apenas podía creer lo que estaba viendo. Había una sencillez y una frescura en él, que no hubiera imaginado unos días antes.

"¿Por qué no nos vamos este fin de semana?", dijo él de pronto.

"Encantada", contestó ella, "pero con una condición".

"¿Cuál?"

"Que se lo cuentes a tu mujer".

"Ella no tiene por qué saberlo. Además no le importaría".

Su voz sonaba algo fastidiada, pero no violenta.

"Díselo".

Ortiz la miró. Su petición era explicable, después de todo.

"Está bien. Se lo diré", aceptó él.

Elena supo que no iba a hacerlo, pero le mostró una sonrisa agradecida. Al día siguiente Ortiz le pidió que adelantaran su viaje y esa misma noche partieron en su avioneta. En el aire, bajo un cielo de estrellas que se abrió detrás de las últimas neblinas, Ortiz interrumpió una conversación sobre la belleza de la vista, y le pidió que le abriera el cierre relámpago: "Bésame", le dijo luego.

—Te vienen nuevos impulsos en la altura —le sonrió Elena, con labios relucientes.

Durante las semanas que siguieron, Elena logró mediante algunos desplantes y demostraciones de una pasión muchas veces entrenada, meterse como una cuña de piedra en el costado de su vida, hasta saber que él no podía seguir adelante sin sentir el impulso de verla.

Algunas veces Ortiz trató de que actuara en alguno de los programas que empezaban, y ella siempre se negó. "Antes buscaba eso pero ahora prefiero acompañarte a ti, y estar más tiempo juntos", le contestó una vez con voz seca. Y en efecto, en cierto modo estaba con él todo el tiempo pues se preparaba todos los días para su llegada haciendo compras, arreglando el departamento o preparando la mejor comida. Siempre se vestía del modo más exquisito, planeándose para lucir como lo que se había propuesto ser para él: una muñeca de lujo, destilando la fineza de su cariño y de su sexo. Todas las noches, durante varias semanas, lo recibió con platos diferentes, escuchó paciente-

mente sus negocios del día, y le puso un vaso de su mejor vino —un tinto de Burdeos—, para animarlo a lo que podía venir después. Algunas veces se cuidaba de no acceder a sus deseos para hacer el amor, y esto siempre dio resultado.

Elena supo que el día que ella esperaba había llegado. Una mañana fue a la peluquería y se sentó frente a un espejo. "Quiero ser una rubia", le dijo a la mujer. "¿Un tinte? ¿De qué tono?" "De cualquiera", dijo ella con paciencia. "Quiero ser totalmente rubia". "¿Tal vez una peluca entonces?", dijo la mujer.

Elena esperó y de pronto vio un casco de pelos que se torneaban hacia adelante y terminaban en punta. Al ponérselo, se sintió feliz. "Pínteme un lunar, cerca de la boca", le dijo después.

Cuando Elena se miró, había una rubia de pelo largo, con un punto negro y un talco blanquecino. Salió a caminar por Miraflores y llegó a Larco. Una multitud andaba junto a ella, pero Elena podía escuchar sus tacos pisando el cemento. Subió a un taxi, y en diez minutos estaba en la dirección indicada. Antes de tocar el timbre, se miró en un espejo de mano. Había algo sincero y natural en su mirada. Elena tocó el timbre y esperó.

Una empleada abrió la puerta.

—¿Está la señora? —dijo.

—Sí —respondió la mujer—. ¿De parte de quién?

—De una amiga —dijo Elena—. Ella me mandó llamar.

La empleada desapareció y un poco después llegó la esposa de Ortiz. Era tal como él se la había descrito. Alta, distinguida, una cara estricta y muy blanca. La miraba con extrañeza.

—¿Sí? —preguntó.

Al llegar a su casa, Elena puso un bulto en el cajón, se sacó los zapatos y la peluca y después de encender un cigarrillo, se sentó a esperar. Una música de guitarra hacía cosquillas en el aire. El día se había oscurecido por la ventana. "Ahora sí estamos en pleno invierno", pensó. El cuarto parecía muy limpio y

ordenado, como si estuviera listo para recibir unas visitas. Elena podía sentir la piel tibia de la alfombra en sus pies. Una mujer cantaba en la radio ahora; había un estribillo sobre la soledad que Elena ya había oído otras veces. Después de un rato, se paró y en la cocina preparó un gin. Sentada en la sala, con los hielos revoloteando en el vaso, oyó unas pisadas que se acercaban. Se había hecho oscuro en la ventana y el ruido de tráfico golpeaba contra el vidrio.

Cuando la puerta se abrió, la cara de Ortiz tenía un gesto de burla que le dio nuevas fuerzas.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso? —murmuró Ortiz.

Elena no contestó.

—Dímelo —insistió él.

—Voy al baño un momento —dijo ella, levantándose.

Ortiz se aferró a su brazo.

—Dímelo —repitió en voz baja.

—Es una larga historia —se zafó ella—. Voy al baño y salgo en un momento.

Elena sintió que el hombre la soltaba y frotándose la muñeca, entró al baño. Una vez dentro se quitó la ropa y se puso una bata. Cuando volvió a salir, él había encendido un cigarrillo. Ella caminó a su lado, ajustándose el cinturón, y volvió a sentarse en el sitio de antes, junto a la cómoda.

—Muy bien, Elena. Dime por qué fuiste a ver a mi mujer. Me dijo que eras una rubia pero me di cuenta allí mismo que eras tú. No fue muy inteligente de tu parte.

Elena sonrió dulcemente.

—Hubieras preferido que las cosas siguieran como siempre, ¿no? —dijo—. Tú, tu esposa... y yo.

—Hubiéramos podido hablarlo —dijo él—. Nunca lo hablamos en serio.

—¿Hablar de qué?

—De decírselo a ella, de hacer una vida juntos.

—Nunca lo hubieras hecho —contestó, borrando su sonrisa.

Las formas de su cuerpo sobresalían entre los pliegues de la bata.

—Yo te gusto, estás interesado en seguir viéndome, pero eres de los que no pueden comprometerse para siempre. Te crees muy poderoso y por eso piensas que las personas cerca de ti siempre van a quererte.

—Yo he hecho contigo las cosas que no he hecho con nadie —se exaltó Ortiz.

—Sí —dijo ella—. Te has ido de viaje conmigo, has sido muy generoso con el dinero, has aceptado mis desplantes y creo que me has querido un poco. Es una lástima.

Sentía que su voz flotaba firme y recta, hacia el cuerpo de Ortiz.

—¿Una lástima? —se indignó Ortiz—. ¿Por qué una lástima?

—Por esto —dijo Elena, y sacó del cajón un revólver con un tubo de silenciador enchapado en el cañón.

El rostro de Ortiz no se alteró.

—¿Quién eres realmente? —dijo.

—Te lo voy a decir —respondió ella.

Ortiz la miraba inmutable; todo en él destilaba su frialdad ahora y eso le daba a Elena nuevas fuerzas.

—¿Te acuerdas de Ana? —dijo Elena.

—¿Ana?

—Una mujer a la que tú le escribiste algunas cartas, una mujer que se casó con Leo Saldaña.

—¿Qué hay con ella?

—La dejaste, te burlaste de ella y luego la dejaste.

—¿Y tú que tienes que ver con eso?

Después de hablar, la cara de Ortiz se endureció y empezó a perder el color.

—Tienes suerte —dijo ella—. Hay gente que muere en un accidente, o por un error de los médicos. En cambio tú vas a morir por una razón, y además vas a saberla.

Elena había alargado la mano y el arma ocultaba ahora parte de la cara de Ortiz.

—He gastado mucho en esto, y todo para llegar a este momento —siguió diciendo ella—. Necesito que sepas por quién mueres.

Ortiz aún conservaba un gesto desafiante. En el silencio que siguió, Elena empezó a gozar de ese instante como nunca lo había hecho. Frente a ella estaba el hombre que había ensuciado a su madre, que la había ensuciado con su cuerpo y luego la había llenado de pena y de vergüenza. De pronto pensó que no bastaba con lo que había planeado y que tenía que inventar algo nuevo. Al ponerse de pie, la bata se abrió a ambos costados y la mitad de su pecho quedó al descubierto. Vio por primera vez las líneas de terror dibujadas en la cara de Ortiz y esta visión la hizo sonreír, como nunca iba a sonreír en el tiempo que le quedaba de vida. De pronto la mueca de Ortiz se hizo un nudo y su cuerpo dio un salto en el aire. Se había movido con una rapidez inesperada y había sorprendido a Elena. Sin embargo, el salto no impidió que ella retrocediera un paso, no impidió que apretara el gatillo a pocos centímetros, no impidió que la bala le entrara por un hombro y lo sembrara como un costal de carne ensangrentada sobre la alfombra.

Elena se repuso y apretó otra vez el arma que temblaba entre los dedos. Luego se acercó al cuerpo.

—Es una lástima —dijo—. En otras circunstancias, tal vez me hubiera enamorado de ti.

Ortiz alcanzó a mirarla, y luego enterró la cabeza. Por piedad, por amor, y ya no por odio, Elena volvió a descargar el revólver en su cuello.

Arrodillada sobre el cuerpo, pasó la mano lentamente por su cara. Luego dejó el arma sobre la cómoda, y se puso unos guantes que tenía en el bolsillo. Por último abrió uno de sus cajones, sostuvo la bolsa de plástico con las manos y empezó a meter el cuerpo por los pies. El resto fue más fácil de lo que esperaba. Antes de terminar cogió las llaves del saco.

Abajo, en el carro de él, manejó con cuidado hasta llegar a un lugar del Malecón que parecía desierto. Después de bajar cerró la puerta lentamente, tiró las llaves hacia el basural junto al mar y empezó a caminar de regreso. Unas horas más tarde i-

ban a encontrar el carro con un cuerpo en la maletera. Todo había terminado. Al sacarse los guantes, el viento enfrió el sudor entre sus dedos.

Caminó junto al tráfico de la avenida lentamente, pero sin detenerse. Se había puesto su vestido negro con tiras plateadas y tenía la cabeza erguida. Su figura delgada y elegante parecía la de un fantasma junto a los grupos que esperaban los ómnibus o caminaban apurados.

Por fin llegó al Parque Salazar y se sentó en una de las bancas. Las piernas empezaron a dolerle horriblemente. Una voz junto a ella la interrumpió.

—Perdón ¿Estás sola? ¿No quieres que te acompañe? —escuchó.

En ese instante Elena miró hacia el tráfico de Miraflores y las primeras lágrimas aparecieron en su rostro. Mientras el cuerpo junto a ella murmuraba algo y se alejaba, la nube de luces se fue enrareciendo en un velo líquido que la hizo bajar la cabeza hasta que sus manos la rodearon. Empezó a llorar, pero no por su madre, ni por su padre, ni por todas las mujeres a las que Ortiz había engañado sino esta vez por ella misma. Lloró por lo que había sentido que debía hacer para seguir viviendo en paz y por la suciedad con la que se había manchado para conseguirlo y por lo que podía esperarle después. Y mientras lloraba, no pudo evitar pensar que con ese llanto estaba tratando de limpiar su cuerpo de toda la maldad de la que se había cubierto y que para deshacerse de ella totalmente, tendría que seguir limpiándose, ya no con lágrimas, sino con nuevos deseos de vivir, con dedicación a un nuevo trabajo, a su padre y a las amigas a las que había dejado de ver.

Aunque después no supo cómo, esa noche logró encontrar su apartamento. Muchas horas pasaron en imágenes borrosas. Cuando se despertó, el cuarto estaba iluminado.

Frente a ella, encima de la cómoda, brillaba el retrato de su madre. Elena se levantó y lo trajo otra vez a la cama. Ahora estaban otra vez juntas, y podían hablarse.